

Lugarización en movimiento

Paola Jirón

El concepto de lugar ha sido ampliamente estudiado desde diversas disciplinas, particularmente la geografía, la antropología, la filosofía, la sociología y la arquitectura. La yuxtaposición de los conceptos de lugar, espacio, territorio y tiempo ha sido además un tema importante de discusión en estos campos disciplinares. Hasta recientemente predominó una idea de lugar fijo que actualmente es puesta en cuestión desde el enfoque de las movilidades, haciendo del lugar un espacio más bien relacional, abierto y dinámico que estático y cerrado. Desde la noción de lugarización en movimiento se busca entender el modo en que, siguiendo a John Urry o Tim Ingold, moverse es habitar en movimiento. Es decir, la experiencia de la movilidad es lugarizada en tanto que los modos en los que nos movemos, así como los sitios por donde transitamos, son susceptibles de convertirse en espacios significativos, habitados de nuestra vida cotidiana, de manera individual o colectiva, superando y ampliando formas tradicionales de lugarizar la vida como son la casa o el barrio (ver PERFORMANCE).

En esta entrada se abordan primero las definiciones desde las ciencias sociales y humanidades acerca del concepto de lugar. Luego se exponen las resignificaciones que operan desde la mirada de la movilidad, relacionando los conceptos de lugares fijos, lugares móviles y lugares transientes para dar cuenta de cómo se puede superar la idea tan difundida de no lugar de Marc Augé. Finalmente, se describen algunas investigaciones en Latinoamérica con relación a lugares y movilidad, y se remarcan los desafíos teóricos y metodológicos para continuar indagando acerca de la idea de lugar en la experiencia de la movilidad.

Lugar

El concepto de lugar ha sido utilizado de diversas formas: para algunos se refiere a la superficie completa de la Tierra; para otros, a una unidad especial como una ciudad o distrito, la que difícilmente logra diferenciarse de la idea de región. Por otro lado, también ha sido utilizado para referirse a una parte específica y particular del espacio, como el lugar de residencia, de adoración o

de diversión. También ha sido utilizado para determinar una posición exacta (Relph, 1976; Cresswell, 2001). Tim Cresswell explica que en su genealogía el lugar presenta un aspecto confuso, ya que se refiere tanto a un objeto como a una forma de mirar o a una epistemología.

Dentro de las perspectivas más elaboradas, se incluyen aquellas que identifican el concepto de lugar como profundamente ligado a la idea de ser/estar en el mundo (Heidegger, 1953) y el significado de esta experiencia. Autores como Edward Relph (1976) indican que un lugar no es solo el "donde" de alguna cosa, sino que también es la ubicación y además esa ubicación es vista como un fenómeno integrado y significativo. Cresswell (2001) incluye en esta línea fenomenológica a geógrafos como Yi-Fu Tuan, Anne Buttimer y David Seamon. Específicamente los trabajos de Yi-Fu Tuan (1974, 2001) han tenido un impacto importante en la comprensión del concepto, sobre todo en lo relativo a su percepción y experiencia y a la forma en que comprendemos el mundo. Para el autor, el sentido de lugar, incluido el sentido de arraigo y pertenencia, son fundamentales para comprender la idea de lugar. Lo mismo ocurre con la obra de Relph, para quien el conocimiento práctico de lugar yace en la vida cotidiana.

La idea de hogar puede ser el ejemplo más familiar de lugar: donde las personas presentan un gran sentido de arraigo y enraizamiento. Se entiende el hogar como un espacio de intimidad, de descanso, donde las personas se pueden distanciar de la vorágine del mundo exterior y poseer cierto control sobre lo que sucede en un espacio delimitado (Cresswell, 2001). La idea de hogar aquí se relaciona otra vez con la noción de Martin Heidegger de habitar, como una existencia auténtica ideal. Sin embargo, la geografía feminista (Rose, 1993) ha sido crítica con la idea del hogar como el lugar ideal para todas las personas, indicando que muchas mujeres pueden sentirse oprimidas en ese espacio, lo que implica que la experiencia de lugar no es universal sino más bien diferenciada según quien la vive (ver GÉNERO y MOVILIDAD DE NIÑOS).

En este sentido, parte importante de la forma en que se comprende la noción de lugar depende del enfoque epistemológico en que se entienda el concepto de espacio. Es decir, este último concepto, como un contenedor de situaciones o como relacional, influye en cómo se puede entender la noción de lugar. Una discusión importante respecto de esta diferencia de comprensión del espacio y el territorio se refleja en la discusión sobre la compresión del tiempo y el espacio, y el vertiginoso desarrollo de la tecnología y los medios de transporte en el marco de la globalización. En este contexto, para algunos los lugares pierden su carácter distintivo y se convierten en espacios unificados y sin esencia; por eso el proceso de lugarización pierde su significado y desaparecen sus características (Harvey, 1996); otros insisten en que el lugar continúa siendo un elemento constituyente de la vida social y de los cambios históricos (Gieryn, 2000; Cresswell, 2001; Sheller y Urry, 2006a). Según Mike Savage, Gaynor Bagnall y Brian Longhurst (2005), la creación de lugares sigue siendo relevante; sin embargo, este proceso se torna complejo en las ciudades contemporáneas. Esto con relación a la forma en que algunos autores como Manuel Castells

(1996, 2000b, 2005) perciben el espacio y la ciudad: como redes y flujo; redes que funcionan como estructuras versátiles que se conectan en nodos (en un sistema de ciudades globales y dentro de ciudades en áreas urbanas). Para el autor, las redes se vuelven procesos en vez de lugares y son caracterizadas por la dominación estructural de los espacios de flujos (ver REDES y CIRCULACIÓN).

En esta discusión, el trabajo de Marc Augé (1995) sobre los no lugares resulta significativo. El autor criticaba la supermodernidad caracterizada por la aceleración de la historia, por el exceso de eventos a partir de la aceleración de flujos de comunicación e información, el aumento en conectividad que generaría un encogimiento del planeta, y finalmente el incremento del individualismo en la vida contemporánea. Según Peter Merriman, la supermodernidad de Marc Augé refleja la crítica ofrecida por geógrafos y sociólogos como David Harvey, Anthony Giddens, Manuel Castells y otros a inicio de la década del 90. Augé presenta la idea de no lugares como sitios donde las personas se desarraigan de los espacios que atraviesan, donde el individuo se paraliza y se vuelve una mera observación. Entiende espacios como hoteles, moteles, centros comerciales, autopistas, aeropuertos, parques temáticos como no lugares. Su trabajo ha sido criticado por no reconocer a los individuos que habitan y mantienen aquellos lugares y los usuarios que sí ven significado en esos espacios. Merriman (2004), en particular, critica la metodología empleada, la forma en que el autor define la supermodernidad sin reconocer la experiencia actual de ella, la falta de reconocimiento de la vinculación entre la construcción social de lugares y no lugares, y finalmente la conexión de las personas con relaciones sociales más amplias, así como la complejidad y riqueza de estas relaciones. Lo anterior sugiere aclarar el concepto de lugar de acuerdo con la realidad actual, no solo de supermodernidad sino de formas de captación del espacio.

Autores como Doreen Massey (1994, 1995, 2005) han sido relevantes para ampliar la definición de espacio y sostienen que, si la organización social del espacio cambia y altera las ideas actuales sobre lugar, este concepto debería replantearse por completo y entenderse como la localización en el tiempo de conjuntos particulares de relaciones sociales y espacios de actividad. La multiplicidad de cambios de velocidad, formas y encuentros en el tiempo y en el espacio genera lo que Massey (2005) denomina acontecimientos, una constelación de trayectorias y procesos múltiples que no son necesariamente coherentes. Este acontecimiento de lugar plantea el desafío sobre la forma en que los encuentros con otras personas (o cosas) se llevan a cabo y sobre cómo se originan las actividades en conjunto. Tal acontecimiento no se puede pre-determinar o anticipar, se da a medida que se desarrolla y son relaciones que suceden en el tiempo y en el espacio (ver RITMO).

El enfoque del espacio relacional como ensamblajes que son repetidamente (re)construidos a partir del flujo de personas, conocimientos y capitales, implica que el espacio, lugar y tiempo son coconstituidos, plegados, situados, móviles y múltiples, es decir, relacionales (Massey, 2005). Esta mirada relacional ha implicado una mudanza en las ideas de lugar como local, estable y fijo a uno

entendido como un proceso cambiante, interconectado, interrelacionado con otros procesos y modificable a medida que las experiencias de este se alteran. Esta forma de pensar el espacio es crecientemente política (Cresswell, 2010b).

De este modo, según señala Joan Nogué (2008: 11), “aunque el espacio y el tiempo se hayan comprimido, las distancias se hayan relativizado y las barreras espaciales se hayan suavizado, los lugares no solo no han perdido importancia, sino que han aumentado su influencia y su peso específico en los ámbitos económico, político, social y cultural. Bajo unas condiciones de máxima flexibilidad general y de incremento de la capacidad de movilidad por todo el territorio, tanto los sectores económicos como los agentes políticos y sociales no tienen más remedio que prestar más atención que nunca a las particularidades del lugar”.

En este marco, como indica Cresswell (2001), el lugar siempre hace referencia a una localización física, a un escenario material y a un significado que involucra la apropiación y transformación del espacio y el entorno, el cual es inseparable de la reproducción y transformación de la sociedad en el tiempo y en el espacio. Desde una mirada relacional, el lugar es un espacio abierto, permeable y en continua construcción que se constituye mediante prácticas sociales reiteradas, las que construyen y reconstruyen el lugar a diario; es decir, los lugares nunca están completos, terminados o delimitados, están siempre deviniendo, siempre en proceso. Los lugares hacen referencia a relaciones, al emplazamiento (desplazamiento o reemplazo) de personas, materiales, imágenes, y a los sistemas diferenciadores que se establecen (Sheller y Urry, 2006a). El lugar es el contexto en el cual se desarrollan las prácticas sociales, así como el producto de estas prácticas (ver PERFORMANCE). De esta manera, la relación entre lugares y prácticas sociales, en particular aquellas que se desarrollan a diario, son de suma importancia dentro de la vida urbana contemporánea. Según Josep Muntañola (1998: 57), la noción de lugar para vivir “es un constante y triple encuentro entre el medio externo, nosotros mismos y los demás, y cada lugar construido es una síntesis y un resultado de este triple encuentro”.

Lugarización y movilidad

El enfoque de la movilidad ha logrado ampliar la mirada sobre los lugares y su importancia en la forma en que se habitan los espacios en la actualidad. Una idea significativa que surge de este enfoque es la idea de anclaje (*mooring*) (Hannam, Sheller y Urry, 2006). Son aquellos lugares donde es posible anclar las movildades en distintas escalas (barrios, edificios, cuerpos) que también pueden ser móviles (Gorman-Murray y Nash, 2014; Hannam, Sheller y Urry, 2006) y, como indican Ole Jensen (2009) y David Bissell (2007), las personas aún requieren enclaves fijos donde refugiarse y de los cuales apropiarse.

Esta discusión respecto de la posibilidad de lugarización en movimiento ha sido tratada por diversos autores (Merriman, 2004; Gorman-Murray y Nash,

2014). Respecto de este proceso, Paula Jirón (2008) propone una precisión en las ideas de lugarización en movimiento, planteando la diferencia entre lugares fijos, lugares móviles y lugares transientes. Los primeros son espacios significados en permanencia, y se refieren a la forma más tradicional de comprender la lugarización del espacio como fijo, atado al espacio, enraizado y permanente. Como se refirió anteriormente, las ideas de hogar y barrio son aquellas que más se han mencionado con relación a este tipo de lugares. Por otro lado, los *lugares móviles* son aquellos que las personas significan y se apropian mientras viajan en ellos: autos, buses, metros o trenes, por ejemplo. La experiencia del tiempo de viaje es distinta según las personas; no todos lo viven de la misma forma o diversos modos de transporte son cruciales para su existencia cotidiana. Ejemplos de estudios que reflejan esto incluyen trenes (Lyons, Jain y Jolly, 2007; Watts y Urry, 2008), automóviles (Thrift, 2004; Laurier, 2004), buses, metros (Jirón, 2008; Jirón e Iturra, 2011) y aviones, entre otros.

Finalmente, los *lugares transientes* se refieren a espacios fijos que las personas significan mientras se mueven a través de ellos. No son lugares de permanencia, sino espacios de tránsito y transición a otra parte, y pese a la cantidad de tiempo que pasan moviéndose entre ellos, son apropiados y significados. Varían en tipo, forma y posibilidad de permanencia y a veces son comprendidos como espacios públicos o espacios para uso público. Algunos de estos sitios más estudiados incluyen mercados (Cresswell, 2006), paraderos de buses (Jirón, Imilan e Iturra, 2016), estaciones de servicio (Normark, 2006; Sabbagh, 2006), estaciones de trenes (van Hagen, 2011), aeropuertos (Adey, 2004), autopistas (Merriman, 2004) y calles (Duneier, 1999). Estos lugares han sido considerados como “no lugares” (Augé, 1995); esto quiere decir espacios “construidos con relación a determinados propósitos (transporte, tránsito, comercio, ocio)” (Kaufmann, 2002: 94). Sin embargo, en estos espacios fijos ocurre una intensa movilidad, y son dotados de significación por conveniencia, ocio, distracción, socialización y recreación (Jirón, 2010). Estas experiencias de lugarización en movimiento tienden a tener consecuencias en la vida de las personas, ofreciendo la posibilidad de ampliar, restringir o aislar lugares mientras se construyen.

En contraposición a los no lugares, Carlos Lange (2011: 101) menciona que “en este aspecto, la movilidad urbana propicia la conformación de nuevos tipos de «lugares», muchos de los cuales se generan precisamente gracias al movimiento, y se convierten en nuevos espacios de sociabilidad, «lugares» intermedios entre lo público y lo privado”. Así, estos nuevos tipos de lugares se generan a partir del vínculo cotidiano que se instituye con ellos durante los tiempos de viaje. Estos, a pesar de su temporalidad, se vuelven parte del habitar de quienes transitan por ahí, estableciéndose relaciones sociales, de identificación y apropiación al ser reconocidos y habitados cotidianamente.

Procesos de lugarización en América Latina

El concepto de lugar ha sido utilizado ampliamente en América Latina. Sin embargo, la aproximación desde la movilidad es reciente. Cabe así mencionar que el debate en América Latina en la actualidad respecto de ese concepto se centra en torno a la relación entre barrio y movilidad. Tal como explican Alejandra Lazo y Rodrigo Calderón (2014), novedosas investigaciones llevadas a cabo en contextos latinoamericanos (Lindón, 2006; Márquez, 2006; Duhau y Giglia, 2008; Jouffe y Campos, 2009; Lazo, 2012) han demostrado cómo el barrio tiene todavía una influencia importante en las prácticas cotidianas de los habitantes. De este modo, el arraigo –o no arraigo– al barrio, es decir, la relación que se teje con este territorio, así como la historia construida, las redes sociales, vecinales y la identidad, tendrán una influencia en los desplazamientos urbanos. Los atributos que tenga el barrio (aspectos morfológicos y funcionales), las significaciones que le dan sus habitantes, el tipo de arraigo y la representación espacial ejercerán una influencia importante en la movilidad cotidiana de los individuos.

Las significaciones respecto del lugar de residencia (casa-barrio), la naturaleza del arraigo a ese territorio, las representaciones espaciales estarán en directa relación con la movilidad de los individuos. Así, quienes conciben el barrio como un soporte sociorrelacional importante podrían privilegiar prácticas en este territorio, mientras que quienes sienten el barrio como inseguro, hostil, deteriorado, serían más propensos a tener prácticas de distanciamiento de esta escala o bien un repliegue hacia el domicilio. Esto indicaría que en las ciudades latinoamericanas no hay solo “individuos móviles” desprovistos de arraigo o, por el contrario, solo “habitantes de barrio con una movilidad reducida”. Más bien, sería similar a lo que Jean-Yves Authier (2002) llama las “diferentes maneras de habitar y de vivir la ciudad”, es decir, los modos que tienen los individuos de conjugar movilidad urbana, anclaje en la proximidad e inmovilidad (ver INMOVILIDAD y MOVILIDAD RESIDENCIAL).

Por otro lado, hay quienes plantean que la apropiación del barrio es más bien difusa, sobre todo porque sus límites se vuelven borrosos desde una mirada de movilidad. En este contexto, resulta más apropiado identificar las experiencias de habitar el territorio, sobre todo desde la lugarización en movimiento, más que continuar forzando la idea de barrio y las escalas lineales de su aproximación (Imilan, Jirón e Iturra, 2015). Este proceso de negociación con el espacio-tiempo va generando capilaridades de significación a medida que las personas habitan su territorio en movimiento.

En cuanto a los lugares móviles, existe en Latinoamérica un número creciente de investigaciones que plantea la relevancia de la experiencia de movilidad (Jirón, Imilian e Iturra, 2016; Ureta, 2008; Riquelme, 2016; Capron y Pérez López, 2016) en sistemas de transporte público, caminar, bicicleta, automóviles, trenes, entre otros. También existen estudios que vinculan el proceso de lugarización móvil con estudios de movilidad cotidiana (Segura, 2012, 2015;

Fernández, 2015; Muñoz, 2013), migraciones y turismo (Benedetti, 2011; Imilan e Iturra, 2014; Freire-Medeiros, 2014) y desde una perspectiva histórica (Errázuriz y Giucci, 2016; Zunino Singh, 2014). Este tipo de investigaciones dan cuenta de prácticas de movilidad diferenciadas en la región, así como del impacto que tiene esta experiencia sobre todo en cuanto a las desigualdades que se viven en los territorios latinoamericanos.

Lugares encorporados, afectivos y emocionales

La discusión actual en los estudios urbanos, de turismo y migraciones se relaciona con la forma en que se vive la experiencia de movilidad a partir del cuerpo. Estas experiencias diferenciadas, encorporadas, dan cuenta de múltiples formas de vivir la lugarización espacial, la forma en que el cuerpo encarna las transformaciones espaciales a partir de la movilidad. Sobre todo, se está planteando una discusión respecto de las formas afectivas, sensoriales y emocionales en que se lugarizan los espacios en movimiento y las implicancias políticas de esta lugarización. Tales temas aparecen como desafíos teóricos, metodológicos y prácticos para la investigación sobre lugares móviles en la región, sobre todo por la forma en que se vive la lugarización desde las diversidades de América Latina y las desigualdades que develan y generan.